

Proponemos para los subsidios de la CAAM de este año 2009, tomar alguna de las 19 preguntas del Sínodo sobre la Palabra de Dios en la Vida y Misión de la Iglesia, e intentar darle respuesta a través de algún artículo de autores reconocidos que aborden el tema.

Pregunta 8 del Sínodo: ¿Cómo dar a entender mejor el lazo intrínseco entre la Palabra y la Eucaristía?

Eucaristía, Palabra y misión

La comunidad eclesial se construye con la *predicación de la Palabra* como continuación de la predicación apostólica, con la *celebración eucarística* como sacramento de unidad y con la solidaridad de *compartir los bienes* como signo de fraternidad. En efecto, toda comunidad, para ser cristiana, debe formarse y vivir en Cristo, en la escucha de la Palabra de Dios, en la oración centrada en la Eucaristía, en la comunión expresada en la unión de corazones y espíritus, así como en el compartir según las necesidades de los miembros (cf. Hch 2, 42-47). Cada comunidad debe vivir unida a la Iglesia particular y universal (RMi 51).

El objetivo de la encarnación del Hijo de Dios es “establecer la paz o comunión con él y una fraterna sociedad entre los hombres” (AG). La Iglesia, por ser signo portador de Cristo (*misterio*), tiene su misma *misión*: construir la humanidad en *comunión* de hermanos.

La *acción evangelizadora* tiende siempre a construir una comunidad cristiana donde se celebre el *misterio pascual de Cristo*, especialmente en la eucaristía, sacramentos en general, predicación de la Palabra, año litúrgico y liturgia de las horas. La palabra anunciada y testimoniada es anuncio de salvación que se presencializa por medio de la *celebración litúrgica*.

Al mismo tiempo que, por esta celebración del misterio pascual, se construye la comunidad, ésta toma conciencia de su naturaleza misionera. “La Liturgia, por cuyo medio ‘se ejerce la obra de nuestra Redención’, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia... La Liturgia robustece también admirablemente sus fuerzas para predicar a Cristo y presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como signo levantado en medio de las naciones... hasta que haya un solo rebaño y un solo pastor.” (SC 2). La comunidad eclesial, por la celebración litúrgica, se evangeliza a sí misma y evangeliza a toda la comunidad humana. La sacramentalidad de la Iglesia se hace misión, en el sentido de comunicar eficazmente el misterio de Cristo a toda la comunidad.

La Iglesia, al tomar conciencia de su *naturaleza misionera* como participación en la misma misión de Cristo, no sólo se siente llamada a proclamar el mensaje evangélico, sino también a “realizar la obra de salvación mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica” (SC 6). Es entonces cuando la Iglesia expresa su realidad de “sacramento universal de salvación”, como signo transparente y portador de misterio de Cristo para toda la humanidad.

Es por medio de la celebración litúrgica como, de modo especial, la Iglesia se hace “signo levantado ante las naciones” (Is 11,12; SC 2). Entonces tiene lugar el momento culminante al que tiende toda la vida y actividad de la Iglesia, porque es la celebración del misterio pascual, que, además de celebrado, debe ser anunciado y vivido personal y comunitariamente. Y es entonces cuando aparece con toda su fuerza el dinamismo misionero de la Iglesia, puesto que “los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan

para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor”. (SC 10).

Toda la acción misionera tiende, pues, a hacer que la comunidad de los creyentes celebre y viva el misterio pascual de Cristo muerto y resucitado. En ese sentido, toda la liturgia, y de modo especial la celebración eucarística, es la “fuente y culminación de toda la evangelización” (PO 5; cf. SC 10, LG 11).

La renovación de la comunidad por medio de la celebración litúrgica es “como el paso del Espíritu Santo por su Iglesia” (SC 43). Esa comunidad renovada se hace disponible tanto para cumplir el mandato del amor como para poner en práctica el mandato misionero.

El camino litúrgico es camino de misionareidad, haciendo a la comunidad sujeto y objeto de evangelización:

- Escuchando fielmente y con actitud de oración la *palabra predicada*,
- celebrando los *sacramentos de la iniciación* como opción fundamental en la adhesión a Cristo,
- haciendo de la *eucaristía* una celebración comprometida,
- recibiendo el mandato misionero a partir de la *celebración del misterio pascual* durante todo el *año litúrgico*.

La comunidad eclesial, como la primera comunidad cristiana, vive la liturgia escuchando la enseñanza de los apóstoles, celebrando la fracción del pan, compartiendo los bienes con los hermanos (Hechos 2,42). Entonces adquiere la capacidad de “predicar la palabra de Dios con audacia” (Hechos 4,29-31). Sobre todo en el momento eucarístico, la comunidad se siente llamada a “anunciar la muerte del Señor hasta que él vuelva” (1Cor 11,26). El sacrificio redentor de Cristo se realiza “como rescate por todos” (Mt 20,28).

Fuente: Dimensión misionera de las celebraciones litúrgicas de Gabriel Damián Díaz Ortiz, en el Encuentro de Animación Misionera de Sacerdotes Diocesanos 2005